

## LUDOVICO

Mina y Cristina coincidieron al entrar al edificio y se detuvieron en los buzones.

-Tienes carta.

-De Atto, que anda por Suramérica -dijo Mina.

-Lo estaba echando de menos -dijo Cristina.

-Ya casi regresa.

-¿Y dónde esta?

-En Colombia.

-Eso por allá está como revuelto, ¿no?

-Sí; pero ya ha ido dos veces...

-¿Y que hace tan lejos?

-Conociendo los viñedos colombianos; antes tuvo que visitar los de Chile y Argentina -dijo Mina.

-No tenía ni idea que los suramericanos produjeran vino -comentó Cristina. ¿Subimos por la escalera o por el ascensor?

-Hagamos ejercicio... ¿te parece? Si quieres te ayudo con algunas de las bolsas de la compra -dijo Mina.

-No; no es necesario.

-Sí; déjame.

Era vecinas; vivían en el cuarto piso y aunque se ayudaban mutuamente mantenían una discreta distancia.

-Todo sube ¿no?

-La historia de siempre. A veces los maridos no comprenden... - dijo Mina.

-¿Y en dónde es que está?

-En Hato de Lemos... Ni figura en el mapa.

-Muy valiente para meterse por esos lados.

-Dicen que es un valle muy hermoso en medio de la gran cordillera de los Andes.

Tomaron aire en el primer piso.

-¿Y los demás? ¿Cómo sigue Ludovico? -dijo Cristina.

-¡Ay! Cris; estoy tan contenta... Cómo te parece que aceptó ir al médico.

-Que bien. De verdad; me alegro muchísimo. ¿A cuál lo vas a llevar?

-Nos han aconsejado al Doctor Jünger.

Al llegar al cuarto piso dejaron los paquetes sobre el muro del corredor y descansaron.

-El profesor Jünger, es muy conocido; es un científico. La Clínica que da por la carretera a los Alamos -dijo, abriendo su apartamento.

Mina le pasó las bolsas.

-Bueno; me entro; me alegro por lo de Ludovico; y que las noticias sean buenas.

-Gracias, Cristina. Buen día.

Mina al entrar tomó el cortapapel de la biblioteca, abrió el sobre y se dejó caer en el sillón para leer la carta; puso la hoja sobre su falda y se detuvo a contemplar una fotografía de su marido: se le veía de ancho sombrero de paja blanca, en medio de viñadores en un extenso cultivo. Al fondo las altas montañas se hacían azules y contrastaban con los verdes racimos. La carta anunciaba que llegaría pronto.

Mina se levantó, abrió la ventana y un suave viento de primavera refrescó el ambiente.

El señor Porter y su esposa se disponían a salir a caminar. La mañana era fresca y él deseaba ampliar su recorrido. Como jubilado no encontraba nada mejor que reunirse con sus viejos amigos en la Plaza Durga, y pasar los ratos y los ratos conversando interminablemente de todo y cualquier cosa.

Ada abrió el buzón y tomó la carta.

-¿Hay?

-Sí; de Alejandro.

Ada la guardó en la cartera, pasó el brazo a su marido y bajaron a la calle.

Era una suerte que su apartamento quedara en la planta baja.

Daniel Porter dejaba a trechos de apoyarse en su bastón curvado y con la punta se entretenía golpeando la pared.

-En el parque la leemos -dijo.

-¿En el parque? -dijo Ada.

-Sí; ¿por qué preguntas?

-Esta muy lejos; puede hacerte daño.

-No; vieja; yo ya puedo... Vamos hoy.

-Si quieres.

Ada hizo mentalmente la cuenta: son quince cuadras de ida y quince de venida, por aproximados cien metros, por calle, eso da..

-¡Humn! -dijo

-¿Qué? -pregunto el señor Porter.

-Estás de ánimo.

-La mañana esta linda.

Ciertamente llegaron cansados y se sentaron en una banca.

-Hola, señor Porter -saludó el limpiabotas.

-¡Ah!, don Euclides. Cuánto gusto.

-¿Cómo ha seguido?

-Ya lo ve.

-Señora ¿cómo está?

-Bien, gracias.

-Bonita mañana -dijo el señor Porter.

-Sí.

-La primavera, al fin -dijo el señor Porter, reconociendo a un joven de pelo rojizo que él solía ver rondando la colina por los lados de la Ermita.

Alejandro les escribía desde Miami; vivía anclado a un barco donde atracó su amor por Dona, su mujer. Dos niños corrían en cubierta haciendo travesuras. Había vivido en otros puertos pero desde el nacimiento del segundo hijo habían decidido permanecer en el mismo lugar.

Leyeron la carta y el señor Porter compró el periódico en el kiosko. Lo hojeó con gusto y por él se habría quedado allí todo el día.

-Daniel, va siendo hora.

-Vamos -dijo, levantándose, y obsequiando el diario a don Euclides.

-Gracias señor Porter -dijo el limpiabotas-. Espero volverlo a ver pronto.

Al dejar el parque y seguir por la avenida de los Almendros, saludó a Miguel, el jardinero, con su acostumbrado uniforme gris de la municipalidad.

-Adios -dijo el señor Porter.

-Me da gusto verlo por aquí -dijo el jardinero.

Ada le sonrió.

El señor Porter levantó con elegancia su bastón y su esposa apretó cariñosamente su brazo y siguió el paso lento, pero decidido de su marido, al cojear.

Los almendros florecían y alegraban a los habitantes de Durga, orgullosos de sus árboles, pero aún más al señor Porter quien hacía seis meses había sufrido una trombosis y se había visto privado de su parque, sus amigos y paseos habituales, aunque de un tiempo para acá había reiniciado sus salidas, primero al parquecito contiguo al edificio, luego dando una vuelta más larga; pero lo que verdaderamente lo animaba era llegar hasta la Plaza Durga donde estaban sus amigos de siempre.

El señor Porter venía pensando que ya podría volver a su vida normal y con ese visible contento caminaba con gusto viendo cómo pasaba la gente de regreso a casa buscando la comida. La clara luz del mediodía iluminaba generosamente su alma y Ada lo sabía pues también sentía en ella el grato aliento de la primavera.

Esa misma semana el señor Porter quiso volver a la Plaza y convino con Thomas Wilder que pasara por él. Ada al principio se opuso, pero finalmente aceptó considerando conveniente que Daniel volviese a su vida normal. Al salir lo lleno de recomendaciones y lo vio alejarse con su amigo.

Iban por los mismos lugares pero se diría que hacían caminos distintos. Thomas Wilder se asombraba de las sensaciones que las calles y los árboles tenían para Daniel; se emocionaba con todo, con los árboles, los almendros florecidos, queriendo pisar el verde césped que no veía hacía tanto tiempo, con el trino de los pájaros, con todo. Al llegar al puente sobre el río Durga, antes de la Plaza, vio a Daniel extasiado, contemplando la corriente entre las piedras y al fondo la Ermita, en lo alto de la colina, cuyas campanas llamaron su atención.

Ciro y Camilo de pie, esperaban que Miguel terminara de barrer por los lados de la banca donde se sentaban. El joven de pelo rojizo tenía claros ojos verdes y pasó con una flauta hacia la colina, evitando las miradas. Lino llegó en diagonal con un bolso de cuero que les era conocido. Viendo a Thomas y a Daniel se les acercaron. Sin habérselo propuesto se hallaban reunidos. El señor Porter estaba feliz.

Se sentaron en dos bancas contiguas, leían el periódico, comentaban; don Euclides de vez en cuando se metía en la conversación; sus opiniones eran tenidas en cuenta y generalmente muy apreciadas porque había en sus palabras una filosofía popular que ellos admiraban. Lino abrió su bolso y siguió trenzando una jáquima de esas que por encargo hacía para el Picadero del Moro, y que copaban todo su tiempo libre.

El señor Porter se levantó y se acercó a Miguel que se ocupaba de remover la tierra y cuidar los tulipanes.

Ludovico, siempre apartado y callado, parecía dar la impresión de no querer visitar al médico, pensaba Mina; por tanto ella actuaba con suma delicadeza, para no dar ningún motivo que fuera a entorpecer el proyecto.

La madre creía observarlo sin que él lo notara, pero él sabía cuanto ella se preocupaba por él y recíprocamente se entendían sin una sola palabra. Así había sido durante años, desde que siendo aun niño le paso aquella desagradable experiencia que lo afecto irremediabilmente.

Ludovico una veces se sentaba a la mesa, otras comía y cenaba solo, pero aquel día que su padre estaba exponiendo en la empresa los resultados de su visita a la Unión (Colombia), tomo su puesto.

Durante el almuerzo Mina comentó que iría por la tarde a visitar al profesor Jünger. Ludovico la miró con sus claros ojos verdes, y asintió con pena; creyó Mina. No se lo preguntó directamente pero sus palabras solo querían pedirle que no se negase. Mina supo cuánto dolía ese callado asentimiento, y esa débil mirada que pocas veces había visto la esperanza.

Sin decir una palabra, sin hacer ruido al mover su silla, Ludovico se levantó, mientras Mario, su hermano menor, continuaba en la mesa conversando. Ludovico pasó a su habitación y su madre notó que él se estaba dejando crecer su hermoso pelo rojo.

A las dos salió Mario para el colegio. No se despidió. El silencio de Ludovico había alterado las costumbres de la casa. Hablar dolía; era mejor el silencio, el claro signo de las cosas que no necesitan de palabras. Así, en el silencio, era el diálogo de la familia. La voz hacía ruido, estorbaba, provocaba el conflicto, golpeaba a Ludovico.

Mina supo que Mario había salido cuando sintió cerrar la puerta, y Ludovico supo que Mina salía para donde el médico cuando su madre volvió a abrirla; luego salió él...

Evitó la calle de los Almendros porque esa calle pasa por el puente; bajo por el Bulevar Rufat, por la calle Damian Hesse, para llegar a la Plaza Durga y subir a la Ermita. Vio al limpiabotas que conversaba con un señor que siempre tejía cueros en el parque y al jardinero cuidando los macizos de espliego cuyo aroma lo asustaba. Todo lo que amaba lo atormentaba, menos la flauta que solía tocar detrás de la Ermita, recostado al tronco de una acacia que ahora estaba florecida.

Regresó tarde.

Entró sin saludar, sin decir nada, como siempre. Se puso rojo cuando su madre le abrió y se dirigió a su habitación. Su madre sintió que él ponía el seguro. Ludovico descubrió en los ojos de su madre un brillo nuevo y tuvo curiosidad. Se recostó en su cama y quiso decir algo que se le ahogó en la garganta. Puso en la grabadora de su habitación una cassette con el concierto de Debussy para viola, arpa y flauta.

Atto llegó tarde esa noche con una caja de muestras de vino de la región del Valle del Cauca. Con delicadeza, casi con devoción, se diría, Atto las sacó, una por una y las colocó en el bar, que quedaba en el mismo cuarto destinado a la biblioteca, y donde destacaban dos pequeños toneles. Habría podido ubicarlas en cinco minutos, pero cada que se relacionaba con ellas perdía la noción del tiempo. Atto las ponía en distintos compartimentos, según su tipo: disponía los tintos a la izquierda por regiones y por su edad; los más viejos a la izquierda. Había adoptado un sistema ordenado en el que cada compartimento llevaba el nombre respectivo del vino y su añada, de modo que facilitaba la periódica cata que les hacía, su inventario y reposición. Disponía los vinos de mesa en posición horizontal con el objeto de evitar el resecamiento del corcho, y las de brandy, licor, o vino aperitivo, que llevan tapón de metal, las conservaba en posición vertical. No era propiamente una cava, pero evitaba que a esa parte del cuarto

llegase directamente la luz, ya que podía alterar la calidad del contenido. La biblioteca, entonces, se dividía en dos partes claramente diferenciadas; la ventana clareaba el sofa de lectura y una pared diagonal cortaba la luz que llegaba hasta la chimenea después de la cual se entraba al cubículo de los vinos.

Cuando Atto entró a la habitación Mina estaba acostada y somnolienta.

-¿Cómo te fue? -preguntó Atto.

-Bien. Dio la cita para dentro de quince días.

-¿Se lo dijiste?

-Tu sabes que no es necesario.

-Don Alberto me obsequió una botella de más de treinta años...

-¿De qué variedad? ¿Riviere, Moscatel, Queen o Pinnot Noir? -dijo Mina en broma, casi dormida.

-Moscatel de Alejandría.

-¿Pulpa?

-Blanco.

Mina no comentó.

-Es de la primera cosecha -dijo.

Ella no lo oyó. Dormía...

Ludovico pasó mala noche. Cuando Atto y Mina desayunaron hacía rato que él había salido sin saber muy bien por qué.

-Esta nervioso -dijo Mina.

-Pero, afortunadamente ha aceptado.

-Sí, Atto. No sabes la alegría que tengo...

-Claro, que lo sé. ¿no siento acaso yo lo mismo?

Esa mañana Mina entró a la habitación de su hijo y tuvo la sorpresa de ver una serie de diálogos escritos por Ludovico. Eran llanos y elementales: entradas y despedidas, pero notaba en las letras correcciones que dejaban ver los callados esfuerzos que hacía por llevar la más simple de las conversaciones sin atreverse a intentarlo durante años.

Ludovico al pasar por la panadería de la calle Damian vio a Lisaveta, que había sido vecina suya cuando eran niños, y quiso hablarle y sus ojos se enrojecieron, el corazón se le aceleró y en los labios se le enredó una palabra más de esas que corrían en sus venas como peces. No; ¡no!; no quería hablarle “¿qué podría decirle?” -pensaba; y seguía con cierta rabia creciente que enseguida pasaba porque él sabía que otra era la causa de su desdicha.

Fueron muchos los pasos que dio sin rumbo esa mañana y volvió a casa con la piel más frágil que nunca, como si llorara por los poros, sin poder respirar apenas, de la ansiedad, sintiendo palpitaciones, temblándole las manos y sudando profusamente.

Mario le abrió.

Ludovico al pasar a su lado tuvo un sentimiento de inferioridad, pero experimentó temor al creer que Mario podría darse cuenta y pasó a su habitación sin salir el resto del día.

La reconquista de los espacios de la ciudad había alegrado al señor Porter. Ada había vuelto a encontrarlo relajado y contento, a gusto consigo mismo y con la vida. Ahora hasta tenía que controlarle el apetito porque estaba aumentando de peso y eso era algo que ella cuidaba.

Al atardecer le sirvió volovanes de espárragos y verduras con mayonesa, tomaron un café con leche y salieron a pasear.

A la mañana siguiente fue solo a la plaza; al llegar ya estaba Euclides. El señor Porter le pidió que le lustrara los zapatos.

Un ruiseñor cantó y Euclides dijo:

-El ruiseñor gorgoja a medianoche y no le importa el nombre que las estrellas le den a sus canciones.

El señor Porter permaneció en silencio.

-Lo veo ya totalmente repuesto -dijo el limpiabotas.

-Totalmente, no; pero, aquí estamos. Casi me voy...

-El hombre es una libélula efímera que al menor descuido muere bajo el polvo que levanta él mismo con el esfuerzo débil de sus propias alas.

El señor Porter quitó el zapato derecho y puso el izquierdo, ayudándose con la mano, y dijo:

-Filosofando...

-Diciendo lo que la naturaleza nos manda a decir.

-Cuénteme una cosa Euclides; ¿usted por qué no estudió?

-Señor Porter, mis padres no pudieron facilitarme el estudio... Esos eran otros tiempos; usted lo sabe; después vino la guerra...

-¿Qué le habría gustado estudiar?

-Contabilidad

-Oiga, Euclides, y usted nunca se casó; ¿por qué?

-Tuve novias.. Sobre todo dos, y las quise muchísimo, pero me daba cierto resfrío cuando llegaba la hora de las definiciones. Me daba miedo casarme, porque el matrimonio es la tumba de todos los románticos...

-Tampoco Euclides; tiene su más y su menos.

-Sí, pero yo no pude; creía que al casarme iba a tener muchas contradicciones y a sufrir un revés.

-Entonces usted lo que pasa es que es un celoso de su libertad.

-El amor es demasiado grande; la libertad, también.

Don Euclides terminó de lustrarlo, el señor Porter canceló el valor del servicio y se sentó en la banca contigua.

-¿Siempre dialoga con los clientes?

-Con algunos; hay quienes prefieren permanecer callados, tienen sus preocupaciones, o son muy arrogantes; otras veces es uno el que no está a disposición.

-Tiene un trabajo interesante.

-El trabajo es lo más bello, lo más sublime, lo más digno, lo más querido, porque el trabajo dignifica al hombre.

-Da el sustento.

-Quien se dedica al trabajo piensa en lo bueno y evita el ocio; porque el ocio es el ocio...

-¿Usted siempre ha sido tan optimista?

-Dice la lógica que el que no sabe esperar se traza su propio límite.

-No le gustaría que la gente conociera sus pensamientos.

-No; ¿para qué? Hay astros cuyo brillo no conoceremos nunca; un no se qué de la naturaleza les ha negado el derecho a exhibir su brillantez...

-Hay cierta vanidad en su respuesta no muy de acuerdo con su sencillez.

-¿Le parece?

-Sí.

-La humanidad nunca va a estar de acuerdo; cuando una parte dice sí, la otra dice no; cuando una parte dice, me gusta; la otra

parte dice, no me gusta; cuando una parte dice, bueno, la otra dice, malo; pero esa gran disparidad de criterios, esa gran disparidad de ideas, esa gran disparidad de sentimientos, de creencias, es la que viene a sostener el equilibrio. ¿Cómo podría lanzarse al vuelo un ave con las dos alas en el mismo lado?

-Lo que yo dije era que había cierta vanidad en su respuesta.

-Todos tenemos un poco. ¿No?

-Sí.

-Pero también sé que los que mucho se elevan se hacen pequeñitos...; y que los grandes bajan y se hacen humildes, como el agua que viene de las altas montañas.

El señor Potter calló viéndolo ordenar las cajas de betún, los cepillos, los trapos.

-¿Qué opina de esta época?

-Que la búsqueda de comida, bienes, posición, prestigio, es contraria a la tranquilidad del hombre; esa búsqueda se ha vuelto un fin en si misma; pero lo único que le digo es que el árbol no se sostiene por los cogollos sino por las raíces...

La mañana transcurrió rápidamente y el señor Porter soportaba mal el aumento del calor. La luz llegó a molestarle. Eso lo notó Euclides sin decirle nada. Cuando sonaron las campanas de la Ermita, eran las doce del día. Ya el señor Potter había descansado, y tuvo mayor cuidado en el regreso. Tanta luz lo acosaba; parecía un fatigante día de verano para el cual todavía no estaba

preparado. Llevaba ésta preocupación pero no se resignaba a admitir que no podía pasear solo, sin embargo al subir las gradas de la planta baja admitió que casi no podía llegar. El hijo de Thomas Wilder lo saludó y cuando su esposa la abrió se encontraba perfectamente bien.

El automóvil dejó la ciudad por la carretera del este y tomó una variante bordeada de álamos jóvenes que habían reemplazado los viejos olmos de siempre, resecos por la peste, hasta llegar a una portada en la que destacaba un gran inscripción: “Olmo Machado”; era la clínica de reposo del profesor Sigifredo Jünger.

Un emigrante español les abrió la puerta y el conductor pasó el vehículo esperando instrucciones. El español se acercó por el lado de la señora Maserna y ella le aclaró:

-Tenemos consulta con el doctor.

-¿De parte de quién?

-De Ludovico Maserna.

Ludovico se sonrojó y le sudaron las manos.

-Sigán por el paseo de la derecha.

El conductor desembocó a un lago junto al cual se levantaba un torreon rodeado de jardines . La secretaria del profesor Jünger los esperaba y los hizo seguir entre rosales y lilos, alelíos y clavelinas. Las gradas eran de piedra azul de canteras del sur y daban acceso al salón de recepción, amplio, cómodo, con un tresillo de cuero. La enfermera los invitó a sentarse mientras informaba al profesor.

De la ventana, que daba al lago, se veía el viejo Olmo. En las paredes del salón exhibía algunos de sus propios dibujos, y algunos textos escogidos.

Ludovico se sentía inseguro. Durante el trayecto pensó varias veces en bajarse del vehículo y huir, no importaba hacia dónde, pero escapar, sin embargo estaba allí, y aunque sufría, había admitido que podía ser ayudado. Durante años había rechazado la propuesta que su madre le hacía de buscar apoyo especializado, y al insistirle, en alguna ocasión, había llegado a refurecerse. Afortunadamente Mina reaccionó prudentemente y no había vuelto a mencionar nada. Si ahora estaba allí fue por la casualidad de la visita de un antiguo compañero del colegio, que no se había metido con él para nada en aquella época, y que mencionó con gratitud la casa del Olmo Machado.

Ludovico tenía su propia vida; sus padres se la respetaban , pero a medida que pasaba el tiempo la sentía más marginal, más aislada, y más intolerable.

Mina sabía que aquella experiencia lo había afectado; tenía la seguridad de que a partir de aquel momento era que había cambiado; al principio no creyó que fuera tan determinante: otros muchachos como él la habían sufrido sin dejar en ellos la menor huella. Viendo la duración y sus efectos tampoco esperaba, de parte del profesor Jünger, una cura milagrosa; si llevaba a Ludovico a aquel encuentro era porque le daba cierta tranquilidad hacer algo por él.

Al llegar la secretaria Ludovico palideció. Tras ella apareció el anciano profesor, con una cálida sonrisa.

-Buenas tardes -dijo.

-Buenas tardes, profesor -dijo Mina.

-Siéntese, por favor –le insinuó.

-Gracias –dijo Mina.

-Vamos, Ludovico –dijo, poniendo la mano derecha sobre su hombro.

En la mano izquierda llevaba sus anteojos. No utilizaba delantal blanco, sino un vestido gris claro, de amplios cuadros azules, y una corbata galesa que asomaba antes de cubrirla el jersey gris.

Caminaron en silencio; lentamente por el corredor. La puerta del consultorio estaba abierta. Ludovico vio las bibliotecas adosadas a las paredes, menos en una en la que había un balcón que daba al jardín del lago, contiguo a un vitral de curiosos motivos. Al lado del vitral estaba el canapé y un poco más atrás, un escritorio.

El profesor le dijo al entrar:

-Quiero que te sientas cómodo; si te quieres sentar en el canapé, siéntate; o recuestate si prefieres; o toma la silla que hay al lado; yo, por mi parte, debo anotar algunas cosas...

Ludovico cerró la puerta del balcón y la luz hacía una penumbra de verdes reflejos al pasar a través del vitral.

-Si quiere le puede decir al conductor que siga –dijo la secretaria.

-Creo que prefiere esperar en el jardín.

-¿Desea tomarse una tisana mientras sale el joven?

-Muy amable.

El conductor se había retirado atraído por una colonia de garcillas enramadas en un alcornoque. Ludovico lo alcanzó a ver cuando cerraba el balcón.

El profesor abrió un cajón y puso varias hojas en blanco sobre el vidrio de su escritorio; Ludovico permanecía de pie observando los diferentes objetos que adornaban el despacho. El médico lo miraba sobre sus anteojos, en tanto se entretenía dibujando una osa arrastrando una bola. Escribió en la parte superior: "Ursa Movet Molem", y la volteó colocándola a un lado.

Ludovico se sentó; el profesor cogió otra hoja. Ludovico lo miró y al encontrarse con la mirada del profesor, sonrieron, dibujó un genio burlon.

Ludovico se levantó a mirar una máscara que estaba en un rincón del consultorio, y volvió a abrir la puerta y salió al balcón. Al acercarse el conductor de la empresa donde trabajaba su padre al alcornoque volaron las garcillas; quedó una cigüeña.

El profesor, al verlo mirando absorto por el balcón, supuso que habría visto la cierva, y él dibujó la cierva..

Volteó la hoja y la puso sobre la anterior. Tomo otra.

Ludovico entró dejando el balcón abierto y se acercó a una de las vitrinas de la biblioteca, quiso abrirla y la encontró cerrada y pasó a la siguiente. El profesor se levantó con el llavero, dejó la llave en la cerradura y volvió a su escritorio. Ludovico regresó a la primer vitrina, la abrió y curioseando los libros se encontró con un viejo tomo forrado en cuero de carnero, cuyas hojas eran de grueso papel medieval con ilustraciones de instrumentos musicales.

El profesor dibujó a una mujer recibiendo desde el cielo la leche de una yegua. Ludovico llevo el libro hasta el canapé. El profesor volteó la hoja, la puso sobre la anterior y tomo otra.

El conductor se había retirado de la orilla del lago; estaba impresionado porque acababa de ver ahogarse a una culebra al intentar tragarse un pez. Ludovico salió al balcón y lo vio de espaldas, y esta vez se detuvo a contemplar una extraña estela de Filemon, el Espíritu-Guía, sobresaliendo entre pequeños arbustos. Dejó reposar el libro abierto sobre el muro del balcón. Las garcillas retomaron al alcornoque.

-Se esta demorando -dijo la enfermera.

-¿Sí?

-Las sesiones del profesor son de cincuenta minutos -dijo.

-Lleva una hora -dijo Mina, mirando el reloj.

El profesor también salió al balcón, respiró profundamente, y dijo:

-Bonito día, ¿no?

Ludovico permaneció en silencio.

-Bueno; esto es todo por hoy.

Ludovico se sorprendió.

-Debo irme porque tengo que asistir a una reunión.

Ludovico permaneció en silencio.

El profesor estiró su jersey y se acomodó el saco y le dijo:

-Te pregunto si te gustaría volver.

Ludovico asintió con la cabeza.

-Cuando gustes. Me gusta tu manera de ser. Sé que vamos a progresar juntos. No te preocupes -le dijo.

El profesor lo acompañó hasta la sala y regresó al consultorio. Al entrar vio el libro en el balcón; estaba abierto en una página que tenía la ilustración de una flauta de pan.

Durante el trayecto de regreso no se dijo una palabra. Al llegar a casa Ludovico se puso un jersey y salió a caminar por calles por las que nunca había pasado, movía los labios como si fuera hablando solo, pero eran una muecas feas que a él mismo le dieron rabia golpeando con los puños una pared. Deambuló el resto de la tarde hasta entrada la noche y regresó a casa sintiéndose infeliz y deseando la muerte.

-Mina, pasame el descorchador.

-Ya voy.

-¿Tienes antipasto?

-Sí.

Atto saco del casillero una botella de vino colombiano, tipo jerez.

-Este es de cepas Pedro Ximenez de Montiel -dijo Atto.

Mina lo miro comprensiva.

-¿Color de la pulpa? -le preguntó siguiéndole la corriente.

-Blanca. Y mira que hermosa botella: ambar opalizada.

-Sí, bonita.

-Es un vino típico del clima cálido, del Valle del Río Cauca, en la Unión, Colombia.

-¿De los últimos que trajistes? -dijo Mina.

-Sí; añejado en toneles de roble importados de Nancy, Francia, durante tres años.

-¿Es muy fuerte? -dijo Mina.

-17 grados. Voy a enfriarlo mientras llega la hora de la comida - dijo llevando la botella a la nevera.

Al regresar dijo:

-¿Dónde está Mario?

-No ha llegado del colegio todavía; no demora.

-¿Y Ludovico?

-En su habitación.

-Voy a llamarlo.

Atto golpeó suavemente a su puerta y Ludovico abrió. Estaba oyendo música.

-Ven, hijo; tomémonos un aperitivo.

Ludovico lo siguió y se sentó en la sala. Mina puso una bandeja con rebanadas de pan francés y un recipiente con antipasto, sobre una mesita auxiliar. Atto puso un disco de Renato Carozzone y luego se sentó.

Ludovico leía el periódico.

Timbraron.

Mina abrió; Mario llegaba del colegio; dejó los libros sobre la mesa y tomó un pedazo de pan con antipasto.

Atto sacó la botella de la nevera y le pidió a Mario que la descorchara. Mario la destapó y la puso sobre la mesa del comedor. Atto fue por las copas, tenía predilección por las de diseño tulipán. Cató la primera, la saboreó y luego sirvió a su familia.

Ludovico dobló el periódico, lo dejó a su lado y recibió la copa a su padre, tomó un sorbo y luego un pedazo de pan con antipasto.

Mina probó la copa de Atto y se dispuso a llevar a la mesa la ensalada, el risotto y los raviolis.

-¿Cómo lo encuentras? -dijo Mario al sentarse.

-Tienen futuro estos colombianos -dijo Atto.

Mina le pasó a Atto la fuente del risotto; le acercó a Ludovico la ensalada. Al cogerla le descubrió la herida en los nudillos de la mano, y le miró involuntariamente. Ludovico sostuvo por un segundo la mirada a su madre y quiso levantarse. Ella le pasó la fuente de los raviolis, acercó a su esposo la ensalada.

Mario bebió y dijo:

-Seco fino.

-¿Otro poquito? -dijo Atto.

-Vale -dijo Mario-. ¿Cómo llegaron los viñedos a suramérica?

-La llevaron los conquistadores españoles; a Francisco Pizarro se le atribuye la introducción de la vid en el Birú, en 1545.

-En el Perú , dirás -interrumpió Mario.

-Yo digo "en el Birú" -insistió, sonriente.

-¡Bueno! -dijo Mario-. Así es, si así os parece...

-Un español, Bartolome de Terrezas enseñó en 1550 a los peruanos las formas de cultivo y las técnicas artesanales de la elaboración.

-¿Tanto hace? -dijo Mina.

-Y más -dijo Atto-. Con decirte que en México y en Chile había viñas autoctonas al decir de los cronistas de Indias.

-¿Sí?

-Una variedad de uva negra del tipo moscatel. En Colombia el desarrollo de la viticultura es más reciente, pero va por buen camino. Las bodegas que conocimos están a la altura de las mejores casas del mundo. Y lo más sorprendente es que uno puede ver la siembra, la poda, la brotación, la cosecha y el descanso, al mismo tiempo; lo cual es imposible en Europa. Sur

América esta entre los más grandes exportadores de vino en el mundo.

-Sin duda te gusta tu trabajo -dijo Mario.

-¡Ah!, si; si quieres ser feliz búscate un destino a tu manera, decía el poeta Holderlin.

Ludovico recogió una por una las palabras de esa frase y la repitió mentalmente. Le dolía la mano.

El señor Porter llevaba varios días sin salir pero esta tarde decidió ir a la Plaza Durga. Al llegar encontró a Ciro y Camilo jugando una partida de ajedrez. Pasó el joven tímido del pelo rojo y el señor Porter se hizo en la banca de al lado a conversar con Lino que iniciaba el tejido de una nueva brida; el señor Porter no hizo otra cosa esa tarde que mover su bastón hasta que una pelea de los ajedrecistas los hizo levantar del banco.

-Nada, Ciro, usted ya había soltado la ficha.

-No; pero no era en definitiva.

-Esa fue su jugada.

-Bueno, pues.

El corredor diagonal estaba libre al rey.

-Jaque -dijo Camilo.

Ciro fue a mover y resultó lo que temía; no tenía cómo moverlo ni interponerse.

-Mate -dijo Camilo.

-¿Otra?

-No; estoy cansado -dijo Camilo.

-Vamos los dos -dijo Lino.

-Vale -dijo Ciro.

Euclides opinó:

-Las partidas son como los pleitos.

-¿Por qué Euclides? -dijo el señor Porter.

-Nadie los quiere perder. Conoce usted: el pleito nadie lo quiere tener pero después de que se tiene, nadie lo quiere perder....

después llegó Thomas Wilder y con él regreso a casa, justo al atardecer. Al despedirse quedaron de ir por la mañana. Miró el buzón y no había carta. Al entrar se puso unas zapatillas de lana y prendió la televisión.

Tomo un cena frugal, pero le cayó pesada.

Thomas no llegó a la hora convenida sin embargo el señor Porter lo esperó un buen rato a la entrada del edificio y viendo ya que no venía se fue al parque.

Don Euclides le lustró los zapatos.

La mañana era soleada e invitaba a pasear. el señor Porter se levantó del banco y permaneció de pie unos segundos mirando

hacia la orilla del río, cuyo fresco verde lo atraía; se apoyó en su bastón y avanzó por el pasaje del parque buscando el prado. Brincaban los saltamontes y los mosquitos, y las mariposas revoloteaban a su paso. Con el bastón golpeó suavemente la florecilla rosa de una mimosa que enseguida se adormeció dejando caer leves gotas de rocío, y siguió. Era verdad, estaba envejeciendo; volvía a encontrarse más lento. La mala noche pasada lo hacía sentirse peor pero creía que con ese paseo matinal recuperaría su forma y al volver a casa se sentiría mejor.

El pelirojo venía en sentido contrario. El señor Porter lo vió con su nueva chaqueta verde y unas hojas debajo del brazo, unas de las cuales, al pasar por su lado, se le cayeron.

-Joven -le dijo.

El lo miró con timidez, con su acostumbrada sonrisa de venado asustado...

-Se le cayeron -repitió, señalándoselas.

El se devolvió unos pasos y las recogió; se puso colorado, y en sus ojos nerviosos asomó el esquivo brillo de su penoso agradecimiento.

El señor Porter se aproximó a la orilla y buscó un paraje donde sentarse a leer el periódico. El pasto estaba húmedo y continuó hasta la piedra grande, puso el pañuelo y se sentó. Se quitó la gorra, la colocó al lado y abrió el periódico, sintiéndose a gusto.

El joven atravesó el parque y subió a la Ermita, se recostó a la sombra de un árbol y sacó su flauta. Los tonos no se oían desde el río, pero sí miraba a ese hombre mayor que lo saludaba amistoso y no le había dejado perder sus partituras; se levantaba y lo miraba

con curiosidad; caminaba por el lugar y volvía a sentarse; finalmente se levantó y se fue.

El señor Porter reposadamente, leía el periódico y a medida que lo iba leyendo, iba dejando caer, con tranquilo desgano, los pliegos leídos a su lado que la brisa desordenaba sin violencia. Pocas veces faltaba a su compostura habitual, pero en ese momento, sin saber muy bien por qué, gozaba de esa dulce dolencia. Cogió el bastón y fue acercándose al pie del río. El viento arrastró el periódico en el parque que a otro cualquiera le gustaría encontrar. Al mirarlo rodar, observó que había dejado la cachucha sobre la piedra; entonces pensó que al regresar por ella lo recogería. Recorrió unos metros viendo a la corriente ondular la hierba de la orilla y al volver se aproximó aun más para contemplar una flor silvestre. Sintió que el suelo se hundía al pisar, no obstante caminó unos metros hasta alcanzarla. Se apoyó en una piedra con la flor en la mano izquierda y con la derecha, movió su bastón para limpiarlo del lodo del borde, perdió el equilibrio y cayó al agua. Los anteojos se salieron del bolsillo de la camisa, y el bastón quedó debajo de su cuerpo. Cuando el pelirojo lo vio, la flor iba en mitad de la corriente y el viejo trataba de incorporarse. Corrió con un grito delgado abriendo los ojos, se estrelló con el jardinero, se levantó y siguió veloz hasta ver su cara salpicada de barro y su impotencia; entonces gritó, y a los oídos del parque entró ese grito agudo como una espina. Se apretó la cabeza con las manos, y desesperadamente volvió a gritar; dio media vuelta, se resbaló, se levantó y corrió hasta la Ermita. Al volver a bajar, la gente lo miraba sorprendida sin saber qué le pasaba. Fue al lustrabotas y entre gestos y muecas, le dijo, jalándolo de la camisa: -¡é él!- y lo arrastró unos metros. Volvió donde el viejo; empezaba a tragar agua.

Don Euclides al ver al señor Porter, se dispuso a auxiliarlo. Se había golpeado la cadera y no podía caminar. Le pidió al joven que lo ayudara y él retrocedió negativamente.

-¡Tan inútil, no! –dijo un señor bajando a ayudar.

Lo sacaron y lo acostaron sobre la hierba.

-¡Tan grande y tan tonto! –protestó el señor.

El le tocó el hombro a don Euclides y le mostró el bastón que estaba semienterrado en el lodo. Él mismo tomó la gorra y recogió el periódico, viendo a media distancia todo cuanto sucedía.

Aquel señor que lo ofendió se le acercó y le dijo: -¡inútil! –y siguió a avisar a la familia de don Daniel.

El se sentó en la piedra, a esperar. De vez en cuando se levantaba, miraba y volvía a su lugar. Poco después llegó la esposa. Ludovico hizo un esfuerzo y le entregó la gorra y el periódico a la señora. Don Daniel le sonrió. Cuando llegó la ambulancia, apretó los dientes, se tapó los oídos y cerró los ojos. Al abrirlos ya iba lejos con su sirena por las congestionadas vías de la ciudad y él subió a la Ermita por su olvidada flauta, que no encontró; y sus partituras, que se las había llevado el viento. Era medio día.

El accidente lo retuvo un tiempo en el apartamento. La cabeza del fémur quedó resentida pero no hubo fractura. Ada extremó sus cuidados y se oponía con terquedad a sus deseos de volver a sus acostumbrados paseos, pero al fin cedió. La primera salida la hizo una noche, precisamente a casa de aquel joven que vivía no lejos de ahí. Miguel, el jardinero, había logrado ubicarlo como se lo había pedido Thomas Wilder, para satisfacer a su amigo. Serían las siete de la noche cuando tocó a su puerta.

-A la orden –dijo Mina.

-Disculpe, señora, deseo hablar con su hijo...

-¿Con cuál de ellos? -dijo Mina.

Atto se acercó a la puerta.

-Buenas noches -dijo el señor Porter.

-Buenas noches -dijo Atto Maserna.

-Perdonen ustedes es que..

-Por favor, siga -dijo Atto.

En la sala el señor Porter contó el accidente y la ayuda que recibió de un joven rubio que suele salir por los lados de la Ermita...

-Me han dicho que vive aquí -dijo.

-Puede ser Ludovico -dijo Mina, algo emocionada-. Pero temo que no pueda hablar con él...

-¿Por qué?

-Vera usted... -dijo Atto.

-¿No está?

-No; no está. No demora en llegar -dijo Mina.

-Podría esperarlo, si me lo permiten; o volver más tarde; no sé; quizás mañana.

-No; no es eso -dijo Atto.

-Con permiso -dijo Mina y se levantó.

-Lo que ocurre es que él tiene un problema; pero ya que usted nos ha dicho lo que él hizo voy a contarle algo: él era un niño normal, asistía al colegio y no era mejor ni peor que cualquier muchacho de su edad... Le decían "Zanahorio", a causa del color de su pelo; o "el Vikingo", y él se divertía llamando a sus compañeros también por sus apodos. Cierta vez fue su curso a un paseo a las cabeceras del Río Durga, para conocer su nacimiento, y pasar un día de campo. Cuenta el profesor que el día transcurría normalmente. Ellos hicieron hogueras para preparar sus alimentos y después de reposar la comida les dieron, otra vez, libertad para sus juegos en el río. Ludovico estaba en una piedra con deseos de lanzarse a un charco, y un compañerito, tal vez el más amigo lo empujó, Ludovico se golpeó la cabeza en la piedra y cayó al agua donde estuvo a punto de ahogarse. Permaneció inconsciente varias horas. Desde entonces no habla, tuvo que abandonar sus estudios y su vida se afectó para siempre.

-Lo siento; ahora comprendo...

-Gracias. Si gusta esperarlo, bien pueda.

-Sí, deseo agradecerle, personalmente.

-A veces basta un gesto. No sabemos si el daño es orgánico o funcional. Las opiniones de los especialistas están encontradas. Hace algunos días aceptó que el profesor Jünger lo viera.

-Es una eminencia.

-Si al menos tuviéramos una prueba de que puede hablar, entonces habrían más posibilidades... El profesor Olson que lo tuvo bajo su supervisión y cuidado, por aquel entonces, consideraba que el golpe había afectado el punto de Broca, y en ese caso...

se sintió una llave en la cerradura y entró Ludovico.

Atto le dijo:

-Tienes visita.

Ludovico se quedó estático y palideció.

-El señor Porter quiere darte las gracias por lo que hiciste por él -  
dijo Atto.

El señor Porter sonrió desde el fondo.

Atto dijo:

-Con permiso -pasó a la cocina. Puso la mano sobre el hombro de su esposa y permaneció a la expectativa.

Sintieron los pasos de Ludovico hacia la sala y las palabras del señor Porter.

-Ludovico... ¿Te llamas Ludovico?

Ludovico se sentó.

-No había podido venir antes porque me lastimé el fémur.  
Ludovico se acomodó en el sillón.

-Afortunadamente el río en ese lugar es bajo y no tiene corriente.  
Ludovico se tapó los oídos.

-Pero de no haber llegado tú, no se que habría podido pasar...

Ludovico se puso de pie.

-¿Te molesto?

Atto y Mina se preocuparon. Atto iba a salir, pero Mina lo detuvo.

-¿Te molesto?

Ludovico se sentó.

-Fuiste tu y Euclides, el limpiabotas, los que me salvaron la vida.

Ludovico volvió a negar con la cabeza.

-Ah, también estaba el jardinero.

Ludovico asintió.

-No me gustó que te ofendió; yo se lo reproché, pero él estaba nervioso.

Ludovico bajo la cabeza.

-Nadie es nadie para ofender a nadie.

Ludovico lo miró fijamente.

-Bien; eso era lo que te quería decir; que me siento muy feliz que tu seas tu; y que me siento muy agradecido que me hayas salvado la vida. Si yo por mi parte te pudiera servir en algo, dímelo, que me gustaría mucho poder ayudarte -dijo el señor Porter poniéndose de pie.

Ludovico le puso la mano en el hombro indicándole que se sentara y trató de decir algo que se resolvió en un leve sonido gutural

incomprensible. Todo su esfuerzo no fue más que una mueca grotesca.

El señor Porter dijo:

-Ningún hombre se hace a sí mismo; es un embuste ridículo.

Ludovico se relajó y abrió y cerró los brazos en señal de aceptación.

-¿Para qué sirve la gente? Para servir a la gente -dijo.

Ludovico lo miró.

El señor Porter supo que el joven se esforzaba por decirle algo; notó que se puso tenso y le temblaba la mandíbula inferior y sudaba. Ludovico cerró fuertemente los puños y los ojos, enseguida se relajó, se puso de pie y camino por la sala. Se sentó de nuevo.

-Se que te pasó lo mismo -se atrevió a decirle.

Ludovico sintió que esas palabras le harían la piel; pero mordiéndose los labios, asintió moviendo afirmativamente la cabeza. Y se estremeció.

-Todo pasará -dijo el señor Porter-; volverás a ser el mismo; como yo.

Ludovico movió la cabeza, abrió la boca unos segundos, la cerró y dijo: "sssí".

Al levantarse la mañana siguiente todavía el café y la leche del desayuno estaban calientes. Mario había sido el último en salir. Su madre había salido con Atto. Después de desayunar lavó su tasa, el plato y la cuchara, dejándolos a un lado del lavaplatos, y también salió; bajó por el Bulevard Rufat hasta la calle Damián, pero en vez de subir a la Plaza Durga, continuó hasta las afueras de la ciudad, por el occidente, acercándose a los campos del Picadero.

Ludovico vivía entre dos mundos: uno, el de la normalidad; otro era el de la cárcel del silencio; pero él sentía que podía liberarse, soltar su voz, y recorría las calles ensayando palabras, haciendo muecas y visajes que asustaban y hacían reír a la gente. “Ssii” – dijo, y al oírse empezó a correr con loca alegría. “Sssi; sssii” – repetía, y quienes lo veían se quedaban mirándolo hacer cabriolas como si fuera un niño trastornado, a él que casi cumplía los veinte y hacía siete que lo llevaba golpeado consigo. “Sssiii pueeedo” – repetía con sus labios dormidos, con la lengua pesada: “haabo”.

Los palafreneros del Picadero, lo recriminaron porque podía asustar los caballos que montaban unos jinetes bordeando la cerca del campo. El trecho era largo y el mismo se admiró de estar allí sin saber en qué momento llegó.

Las voces de los empleados lo dejaron en su mudez; no supo qué decirles. Muchas veces Ludovico había soñado que tenía dos cabezas y en ese momento quiso tener la buena, para contestarles que no se preocuparan, que él no iba a asustar los caballos, pero que estaba feliz porque podía hablar; eso pensaba con la cabeza; con la cabeza que no podía hablar. El se había acostumbrado a esta amarga impotencia y las palabras de los palafreneros no le hicieron daño. Siguió por la Alameda hasta encontrar la calle Damian, con las manos en los bolsillos; moviendo la lengua sin abrir la boca; llegó a la Plaza, evitando el río, y subió a la colina.

La Ermita, perteneciente al Románico, tenía joyas de arte muy valiosas, y los educadores programaban visitas con sus alumnos todos los días; al salir les daban algún momento libre que aprovechaban para corretear en el parque. Un grupo se apartó de los profesores y se llegó hasta la acacia donde estaba Ludovico. Los muchachos se aproximaron sigilosos y al verlo hacer sus raros gestos...

-Es un loco -dijo uno.

-Acerquemos más -dijo otro.

-Loss locoss sonn peligrosos -cuchicheó alguno.

Ludovico pegaba los labios contra los dientes y abría la boca. Tenía los ojos rojos; las manos crispadas.

Uno de los muchachos le tiró con un pedazo de adoquín pegándole en una rodilla. Ludovico se incorporó sorprendido, y vio a los muchachos correr despavoridos.

-Un loco.

-Un loco -gritaban.

No era la primera vez; otras veces lo trataban de vago, de gamberro, de maleante, e incluso su padre lo había encontrado retenido en la policía, tachado de simulador; pero cuando le sucedía, el episodio se acumulaba a los demás como si fuera una grande y sola desgracia. En algunas ocasiones, deprimido, pensó en acabar con todo para siempre... Y llegaba Mina, Atto, Mario, o simplemente se arrepentía porque el invierno ya iba a pasar, por ese inesperado estímulo de la primavera, porque lo arrastraba esa fuerza exultante del verano, o la encantadora poesía del otoño.

-¿Dónde se metieron ustedes? -dijo el profesor.

-Allí hay un loco.

-Vimos un loco.

-Hablando solo.

-Jovencitos, no se vayan por ahí; los locos son peligrosos.

Oía Ludovico sobándose la rodilla.

-¿Le podemos tirar piedras?

-¡Nó!

-¿Cómo se les ocurre?!

-¿Qué clase de sentimientos tiene?

-¿Y si nos mata?

-Mejor nos vamos -dijo un profesor invitando a sus colegas.

Miguel, el jardinero, se acercó y les preguntó:

-Por qué se van

-Los niños dicen que allí hay un loco.

-Mejor nos vamos.

Miguel reconoció aquel joven rubio que no había querido ayudar al señor Porter, y le increpó:

-¿Por qué asustó a los niños?

Ludovico lo miró y viendo que los niños tomaban su ruta, paso por el puente, hacia la calle de los Almendros, como quien pasa un precipicio por una cuerda.

Durante la comida Mina lo vio sobarse y le preguntó que le pasaba.

-Ludovico le mostró la rodilla enrojecida e hinchada.

Mina le acercó una crema en base de sulfato de magnesio.

En la comida estuvieron solo los dos; Atto debía ampliar la información de su viaje y Mario tenía una prueba para el pero.

Al terminar Mina entró a la cocina a preparar un café y Ludovico llevó los platos.

No salió en toda la tarde de su habitación; estuvo abriendo y cerrando la boca , observando el alfabeto, intentando pronunciar la A y la E., sin éxito.

Descorazonado y sin comer, abrió la puerta y se metió en la noche.

Los caminos de esa noche nunca los había hecho; iba mirando para arriba que daba lástima, como si fuera leyendo un mapa en el cielo y se sentó en el andén, al frente de una casa olvidada, tomó su flauta y comenzó a sacarle tonos. Al cabo de un rato, los vecinos se asomaron.

Una señora joven se esforzaba en precisar su rostro, su fisonomía y con voz alarmada, dijo:

-¡Nereo!

-¿Qué, madre?

-¿Este no es Ludovico?

Nereo se asomó y le dijo:

-Sí. Pero ¿qué hace aquí?

-No sé; qué raro.

-Pero él no sabe que vivo aquí -dijo Nereo.

-¿Quién sabe?

-No; madre. No lo sabe.

-Mejor llamamos a la policía.

-No me parece.

-Nereo...

-Madre, el doctor Olson, dijo que el accidente producía amnesia. Debes estar tranquila.

-No; hijo; pudo haber recuperado la memoria con el paso del tiempo, y quiera vengarse de ti.

-No; madre. Estoy seguro. Si él recuperara la memoria no me había dañado porque él supo que fue sin intención; supo que era un juguete; él me vio en el preciso momento.

-Tu mismo me contaste que alguna vez se descompuso al verte.

Ludovico golpeó la flauta contra la pierna.

-Luunnaaa -dijo.

Thomas Wilder pasó a visitar a su amigo Daniel. El señor Porter lo invitó a seguir.

-Son las once. Ya vuelvo -dijo Ada.

-No, vieja; nosotros también salimos -dijo el señor Porter.

-¿Sí? ¿Y para dónde van?

-Al Café Dassein...

-Vamos a tomar un par de cervezas antes del almuerzo -dijo Thomas Wilder.

-¿Sí? ¡véanlos!

-Hoy es sábado y podemos dormir la siesta en forma -dijo Thomas.

-¿Y no la duermen todos los días?

Ada; los sábados es distinto.

-Bueno, vayan, pero no se demoren.

-Genio y figura -dijo Thomas.

Salieron juntos.

-Yo me les adelanto porque no me gusta la compañía de los alcohólicos.

-¡Ah!, ¡no!, ¡tan remilgada! –dijo Thomas Wilder.

Ada los miró con complicidad y ellos se dirigieron animados al Café que quedaba volteando la esquina.

Cierto debería ser aquel rayo de sol por su ventana, que resbalaba por el escritorio y caía sobre sus zapatos. Los cogió y se los puso haciéndole doble nudo a los cordones y corrió la cortina; cierta, también, aquella luz que se filtraba entre las copas de los castaños cuando el bus dejaba la estación y se dirigía a las afueras de Durga, cierto que iba a la casa del Olmo en busca del profesor.

Era suya esa decisión; nadie la sabía fuera del profesor, porque estaba seguro que él lo esperaba en ese momento. Eran las certidumbres del silencio que también sabía escuchar. Caminó de la carretera del Este a la variante y al llegar, Huberto, el emigrante español le abrió la puerta como si lo estuviera esperando. La secretaria, con delantal blanco de punto de cruz, recogía margaritas; ella lo hizo seguir a la cocina del torreón; Manuela, la esposa de Huberto, hacía torrijas. Ludovico quiso ofrecerle vino del que su padre había traído de Suramérica, no tuvo palabras, pero comprendió que se lo agradecía como si en realidad lo hubiera escuchado.

Huberto entró con un mono azul y un cincel, cogió una banqueta de la cocina y bajo las gradas. Ludovico lo siguió. El profesor Jünger estaba al pie de la escalera, en magacanes de camisa, con un martillo en la mano.

-De manera que elegiste un día de fiesta para venir a visitarnos -le dijo.

Ludovico no había caído en la cuenta de que era domingo.

-No te preocupes. La invitación que te hice era verdadera; puedes venir cuando gustes.

-Maestro: la cierva parió junto al cerezo

-Ya voy, Huberto; procura que los perros no molesten la cría.

Ludovico se acercó al alcornoque y volaron las garcillas. El profesor cogió el cincel y martillo en la mano derecha y cargó la banqueta que había bajado Huberto en su hombro izquierdo, y se metió por un anden que terminaba ante una gran mole de piedra.

Ludovico quiso ayudarle pero el profesor rehusó amablemente. Al llegar puso las herramientas en el suelo, ladeó el hombro y bajo la banqueta.

-Deseaba este momento -dijo.

Ludovico se hizo a un lado.

-Es una roca de excelente calidad.

Una pareja de pointers ladró espantando una bandada de palomas mensajeras que bebían a la orilla del lago; sobrevolaron el torreón dos veces y se posaron en los aleros de la buhardilla.

Los golpes del martillo y el cincel lo hicieron volver a la piedra. Esculpía un ideograma chino: las vueltas de un río.

-En china al escribir se figura lo que se nombra -dijo-. El agua es el río.

Ludovico escuchó sus palabras torrentes entre las piernas, y la suya ahogándose en el pozo, y se le escapó sin querer un quejido visceral.

El profesor lo miró y le preguntó:

-¿Cómo has seguido?

-M-e-j-o-r- dijo, con un esfuerzo grandísimo.

El profesor permaneció sin volverse, maravillado de oírlo, y dijo, sin darle importancia.

-Yo sabía que podías.

Huberto trajo una mesa blanca liviana; la secretaria tendió un mantel; Manuela dejó una botella de vino blanco y dos copas; la secretaria puso dos alcachofas y recipientes con salsa; Huberto regresó trayendo trozos de enmental, gruyer y cammenbert, y se retiraron los tres.

-Ven, tomémonos un aperitivo.

Ludovico al verlo sentarse, se sentó.

-Me agrada tomarlo los días de descanso, antes de entrar a comer.

Los perros se echaron a su lado.

-Si quieres llevarte el libro que dejarte en el balcón...

Ludovico volvió por la variante, recorrió un largo trecho de la carretera del este hasta lograr que un bus se detuviera; se hizo en la séptima banca; al lado iba Nereo.

-Hola Vikingo -le dijo.

Ludovico no lo oyó.

-Zanahorio.

Ludovico volteó a mirar y descubrió en su vecino aquel niño que había sido su amigo. El bus rodaba sobre la autopista a 120 kilómetros por hora; fuerte rugía el motor con su aceleración sostenida, disminuía en las curvas y aumentaba al entrar los cambios de poder para impulsarlo nuevamente en directa. Todos iban chanceándose mientras subían a la sierra. El bus dejó la autopista y entró a la variante que conduce al parque de las Cabeceras del Durga.

-¿Qué te pasa, Vikingo?

Las palabras cayeron al recuerdo y Ludovico volteó a mirarlo con su silencio mudo.

-No seas rencoroso; no tuve la culpa.. -dijo Nereo.

El bus se detuvo y una algarabía de muchachos se desbandó en juegos.

-Tengan cuidado, muchachos -dijo el profesor.

Ludovico caminó hacia el río. Se hizo en un alto buscando la piedra, el charco y saltó al vacío.

Mina abrió la habitación y lo encontró sentado en la cama sudoroso.

Atto llegó enseguida y se sentó junto a él.

-Me-que-dé en-el-río....

Mina y Atto se desconcertaron al oírlo y Atto respondió:

-¿Quieres volver al río?

-Sssí -dijo sollozando.

-Voy a calentarte un poco de leche -dijo Mina.

Ludovico sollozaba avergonzado.

Eran las tres de la mañana. Atto palmoteó la espalda a su hijo y Mina apagó la luz.

-Descansa; mañana verás con más serenidad las cosas -dijo Atto.

-Duerme, hijo -dijo Mina.

Antes de salir para la empresa Atto abrió suavemente la puerta de la habitación de Ludovico y lo encontró despierto. Le habló con cariño y entereza. Al despedirse le dijo:

-Si todo esto te digo es porque creo en ti. Se que no es fácil; pero lucha y persevera. ¡Volveras a hablar! En todo caso no te amargues la vida y esfuérzate por ser feliz.

Ludovico sonrió y le dio la mano. Atto se la apretó y salió contento.

Ludovico corrió la cortina y abrió la ventana de par en par. Un pajarillo cantaba. Ludovico colocó en la gravadora el concierto interpretado por Jean Rampal, se demoró en la ducha recuperándose de la mala noche y renovado y tranquilo desayunó en la cocina viendo a su madre reunir los ingredientes para preparar una lassagna.

-Canta el canario de Cristina -dijo Mina.

Ludovico habría querido preguntarle si el pajarillo tenía nombre; le habría gustado decirle que Rampal era un buen nombre para el canario.

-¿No te parece? -dijo Mina.

Ludovico asintió y se dispuso a lavar los platos de su desayuno. Mina lo detuvo.

-Déjame a mí.

Ludovico regresó a su habitación, entró al baño, se cepilló los dientes; y se sentó en la sala a leer el periódico. Se fue poniendo nervioso.

Ludovico había copiado varias veces el alfabeto en distintos tipos de letras, lo colocaba en su atril y pasaba horas enteras impotente frente a él. Sus reacciones eran variadas: a veces lo miraba indiferente, otras contento de poder pronunciar una letra: las vocales le resultaban más fáciles. La ere y la erre, lo desesperaban; se le hacían imposibles. Tampoco comprendía por qué no podía escribir, y sus líneas parecían hebras enredadas sobre el papel. El doctor Olson le había dicho que escribiera, que escribiera mucho y él había llenado cuadernos y cuadernos, cuando era niño haciendo planas y después, más mayor, había copiado en dos ocasiones,

completo, El Vizconde Demediado de Calvino y una selección de poemas de Vasco Popa, sin embargo cada una de esas letras resultaban incomprensiblemente mal hechas como si su propio cerebro fuese incapaz de guiar sus manos y sufría de ver tanto signo impotente de significar para los demás, como si cada una de esas grafías arrevesadas guardara el secreto de su mal. Allí, ante el atril, había llorado varias veces y desconsolado se había golpeado la cabeza contra las paredes de su cuarto y otras había mirado la vida como un buzo en las profundidades del silencio, o había sonreído sin reclamo, sin pena.

En tres ocasiones intentó un diario y en las tres desistió porque su manos se negaba a seguir su pensamiento como si fuera un camino equivocado. Todas esas frases quedaban inconclusas y terminaba haciendo garabatos por donde su ansiedad se escapaba.

Fueron muchas las veces en que quiso responsabilizar a sus padres; pero eso había pasado. No eran los mejores ni los peores padres del mundo y él sabía que querían apoyarlo. Al profesor Olson llegó a odiarlo sin saber por qué y más aun al terapeuta aquel que no supo comprenderlo, como si el silencio fuera igual al cero. ¡No! Se puso furioso al recordarlo y tumbó el atril de un golpe. Lo dejó en el suelo y salió sin despedirse. Se subió a un autobús, cambio a otro y se decidió a ir; estaba compelido.

-¿A dónde habrá ido? -dijo Mina.

-No te preocupes: anda buscándose -dijo Atto.

-¡Sí!; pero... ¿a dónde habrá ido?

-El tiene sus lugares; tu lo sabes: la Ermita, el Picadero... Por allí..

-No, Atto... Salió de una manera desconocida

-Siempre somos los mismos; es la misma sangre la que siempre llevamos.

El autobús pasó cerca del Olmo Machado y comenzó su ascenso a la sierra.

Ludovico se acordaba de su visita anterior. Se hizo en la séptima banca. La ventanilla la ocupaba un niño.

-¿Cómo te llamas? -habría querido preguntarle.

El niño le sonrió. Tendría doce años y se parecía endemoniadamente a Nereo y él sin poder decirle ni una sola palabra.

Ludovico miró el cuaderno y supo que se llamaba Angelbert Litz. El bus disminuyó la velocidad en la curva, el conductor cambió de marcha, el motor rugió y al tomar la recta, aceleró a una velocidad sostenida en directa, viendo pasar los árboles hacia las cabeceras del Durga.

¡Qué obstinación! -pensó Ludovico-; buscar la correspondencia de un sueño...

varias horas después se puso de pie, y le pidió al conductor que parara. ¿Qué iba a hacer? No lo sabía. Se anotó en la portería del parque como era menester, y recibió un pase que debía mostrar al inspector, si él lo requería.

De la realidad al dolor y del sueño a la realidad, Ludovicio obedecía a una callada voz que lo habitaba. Creía que el alma era la voz que él escuchaba, o creía escuchar; severa, complaciente, una voz que le dictaba lo más esencial de su ser que era él mismo, y era diferente.

-La autorización, por favor -exigió el inspector.

El inspector visó el pase y él continuó con seguridad hacia el río. ¡Qué ridículo! -pensó-; que el inspector vise mi permiso me da seguridad.

De pronto llegaron las voces de los muchachos ¿Eran otros o era él con sus amigos? No sabía duda: era él con sus compañeros de clase, Alvaro, León, Nereo, Alfonso, José Antonio...

-Tengo que permanecer en la realidad -pensó.

Ludovico se apartó. Nereo se acercó y le dijo:

-Vikingo, hace varios días que trato de hablar contigo

Ludovico no le hizo caso, tomó un camino sobre la orilla alta de río y llegó a la piedra.

-¡Zanahorio!; no me trates así...

Ludovico lo miro sin saber qué hacer.

Nereo le dijo:

-Vamos al agua.

Ludovico permaneció callado.

-O empújame tu a mí.

Ludovico se animó.

-O tirémonos los dos al mismo tiempo.

Se oía la bulla de los niños.

-¿Vamos? -dijo Nereo.

Ludovico se quitó la camisa.

Al salir del charco, Ludovico dijo:

-A-mi-go- y se dieron la mano.

Al llegar a la orilla Nereo había desaparecido.

Esa semana se apareció en tres ocasiones al pozo, y Nereo no llegó en ninguna de ellas. Se le convirtió en una obsesión. Salía de su casa en la mañana y entraba al Parque Durga cuando los guardabosques se dispersaban a cumplir su labor. Casi todos tomaban el mismo autobús. Se sentaba en una peña a contemplar el pozo como un pescador del pasado con sus ojos lejanos viendo aquel día reflejado en el agua. Volvía a sentir el mismo alegre bullicio y pasar por los mismos lugares y a vivir el mismo momento; caminaba vestido entre el río y salía a sentarse a la piedra. Allí lo secaban los primeros soles que traía el verano.

A las cinco de la tarde oía dialogar los silbatos de los guardabosques que bajaban advirtiéndolo a los visitantes que era hora de salir, y con ellos regresaba. Se quedaba en la calle Damian y deambulaba buscando a Nereo por las calles de su ciudad. En realidad no hacía otra cosa -que darle vueltas al colegio donde estudiaba cuando sucedió el accidente. La última vez en las cabecera del Durga se quedó tratando de dibujar el pozo con una líneas duras y cortantes que no lograban configurarlo para otras personas, no para él, que hacía con ellas las trizas del instante del golpe y las entendía.

Thomas Wilder y Daniel Porter estaban sentados el sábado en el Café Dassein.

-Allá va tu amigo -dijo Thomas.

-¿Cuál?

-El pelirojo que te ayudó.

Iba por la acera del frente. El señor Porter se levantó deseando invitarlo a la mesa. El señor Porter lo alcanzó. Le puso la mano en el hombro. Ludovico reaccionó con sorpresa pero se alegró al reconocerlo.

-¿Puedo demorarte un minuto?

Ludovico movió afirmativamente la cabeza.

-Estoy con un amigo en el Dassein.

Atravesaron la calle.

-Thomas, éste es Ludovico.

-Mucho gusto -dijo Thomas.

Ludovico hizo un gesto de reciprocidad. Recordó haberlo visto en la plaza.

¿Un café? ¿Una cerveza?

Ludovico levantó el índice indicando que lo primero. Ellos tomaban cerveza; Heineken que era la preferida de los dos.

Ludovico hizo un gesto preguntándole al señor Porter como seguía.

-Bien, bien. ¿Cómo están en tu casa?

Ludovico hizo un gesto aprobatorio.

-Y tu.. ¿Cómo vas?

-Thomas Wilder fue por el café para Ludovico.

-Me-jor -dijo, cuando estuvieron solos, ruborizándose.

-Me alegro mucho. Tén confianza. Insiste.

-Ssí.

Thomas llegó con el café.

-Está cambiando mucho la temperatura -dijo Thomas.

-Sí; parece que se fuera a anticipar el verano.

-El fenómeno de invernadero de que hablan los científicos.

-El clima ya no es el mismo: disminuyen los bosques y se daña la capa de ozono -dijo el señor Porter.

Ludovico movía la cabeza compartiendo sus comentarios.

-La bomba..., primero; luego el petróleo, las fábricas -dijo Thomas Wilder.

-Todo ha cambiado.

Ludovico se tomó el café y se puso de pie.

-¿Ya te vas?

Ludovico afirmó.

Thomas Wilder se levantó y con tono jovial se le acercó diciendole.

-Un día de estos te vienes con nosotros.

-Bueeee-eeno.. -dijo Ludovico.

-Yo paso por ti; el próximo sábado; de aquí a ocho días.

Ludovico sonrió.

Siguió con una alegría que le tamborileaba en el pecho. Iba a la casa del Olmo, pero con esa grata impresión cambió su rumbo y llegó justo a la hora de comer. Su madre percibió la nueva energía que entraba en la casa, sin embargo Ludovico tuvo pena de intentar siquiera una palabra en familia. Sabía que a veces las cosas nos resultan más difíciles ante aquellos que más amamos; no sabía por qué.

Esa tarde se quedó recostado en su habitación pensando en el por qué no había sido capaz de pronunciar nada a la hora de la comida, si en el fondo quería hacerlo. Ahora sabía por qué: le daba pavor ir a perder lo último que le quedaba, su refugio... No comprendía el por qué de este respeto... Pero era así... Y un sentimiento depresivo empezó a adueñarse de él.

La secretaria lo acompañó hasta el consultorio del profesor Jünger quien estaba inclinado sobre su escritorio enmarañando hojas con dibujos extraños.

-Profesor -dijo la secretaria.

-Sí -gracias, Ana.

Ana se retiró y Ludovico permaneció en la puerta.

-Sigue, sigue.

Ludovico entró.

-Ponte cómodo.

Ludovico siguió a la silla.

-¿No prefieres el canapé?

Ludovico se levantó y se acostó en el canapé. El profesor guardó las hojas que dibujaba y sacó otras limpias, y se puso a la expectativa.

-¿Has practicado?

-Sí.

-Me gusta.

Ludovico quería decirle que estaba obsesionado con el accidente, que a todas horas lo recordaba y en formas muy extrañas que se le confundían; que había ido al río, al propio lugar donde había empezado todo. Sudaba; sentía pegada la lengua, pero se atrevió y dijo:

-Vi a Nereo.

Lo dijo tan fácil que el profesor no se lo creía.

-¿Quién es Nereo?

Ludovico quiso responderle y no pudo; volvió a internarlo y tampoco. Se sentó en el canapé, levantó las manos y dijo:

-Me-empu-jó.

El profesor lo anotó. Ludovico se acostó en el canapé y se quedó mirando el vitral. Luego se levantó y salió al balcón: allí estaba el libro. Se sorprendió gratamente y se acercó al escritorio y dijo:

-El-li-bro.

-Yo te dije, que si querías, te lo prestaba.

Ludovico le dijo que sí. Se acercó a ver lo que estaba haciendo en las hojas y vió que dibujaba la cierva parida.

Ladraron los perros y Ludovico se asomó al balcón: las palomas dieron dos vueltas y se posaron en los aleros de la buhardilla.

Ludovico siguió yendo a la casa del Olmo Machado, y cierto día su madre le dijo:

-Voy a la compra. Ya vuelvo.

Ludovico le contestó:

-¿Te acompaño?

Su madre se extrañó.

-Bueno; vamos.

Al pasar la calle Ludovico le dijo:

-Quiero ver a Nereo.

Había esperado siete años ese momento y teniéndolo no sabía que lo tenía; parecía mentira. Mina lo miró.

-El doctor Jünger dice que él me puede ayudar.

Mina respiró profundo.

-¿Quieres que vamos?

-No -le dijo con aspereza.

-¿No? -dijo ella extrañada

-¡No! Yo...

-Sí, tu...